

El viejo

TAR...TAR, dijo el viejo, mientras lanzaba una ojeada por la pequeña sala. Todo en orden: las butacas alineadas en su sitio, la mesa en el centro, el búcaro con flores junto a la foto de la mujer, las cortinillas corridas en la ventana.

En el mueble donde guardaba los libros leyó los nombres de autores: Poe, Maupassant, Chejov, Quiroga. Extrajo los de este último y repitió en alta voz, Quiroga, Quiroga, al tiempo que achicaba los ojos traviesos. Luego, los colocó en la mesita de centro y se dejó caer en el sillón de la esquina, desde donde divisaba la puerta de la calle, el trasiego de la gente.

Recostó la cabeza en el espaldar del sillón con gesto de cansancio. Un cansancio natural, mitad derivado de la limpieza de la vivienda a la que se enfrascó desde el amanecer y mitad por encontrarse aún un poco lelo por el sueño que tuvo, en ese mismo sillón, el más cómodo de la casa, la noche anterior mientras veía una película, de cuyo director, Tar...tar..., trataba de recordarse desde hacía un rato sin ningún resultado.

Bostezó. Le embargó el principio de una somnolencia semejante a la de ayer, en la que, entre brumas oníricas, emergieron unos jóvenes por un campo (Norma y él, claro, pero muy jóvenes). Caminaban bajo una música tenue, o al menos esa fue su impresión. Caminaban sin prisa, sin dejar de conversar aunque las palabras se perdían en la intemperie, como evaporadas, sin poder retenerlas en la memoria. Lo que sí recordaba era la risa de la mujer, una risa sonora y suave que más que risa, y en virtud de su suavidad, parecía un susurro musical, como si la música bajo cuyo fondo andaban ellos, no fuera más que la propia risa de la mujer, envolvente, grata, placentera.

No era exactamente un campo por donde andaban, cavilaba. Al menos no se veían árboles, ni tierras sembradas, ni otro tipo de accidente campestre. El viejo la evocaba ahora como una especie de llanura, con una hierba muy pequeña cubriendo el terreno, sin límite, sin fin.

Mas el viejo se rompía la cabeza buscando de donde apareció el niño. (¿De atrás de un abedul?, especulaba divertido...). El viejo sólo estaba seguro de que era un niño pequeño. Quizás de siete años, más o menos, ocho a mucho tirar, pero no más.

El niño hablaba sin parar también, como su madre o tanto como su hijo a esa edad. Lo que ahora no comprendía el viejo era la razón, de que, luego de escuchar al niño llamándole, *papá, papá*, todo se le trastocaba, como si después de esa palabra, el resto fuera ininteligible o insignificante o despreciable, o todo a la vez. Así continuaron

avanzando por el terreno un buen trecho, hasta que, sin poder hallarle una explicación, de pronto caían, caían vertiginosamente, y en la conciencia de ese descenso abismal el viejo se había despertado.

El sueño le traía atontado y tanto que sería capaz de jurar que esas imágenes eran tangibles, concretas. Perplejo movió la cabeza para desperezarse. Las horas de insomnio prolongado, el sueño que conciliaba sentado en el sillón, el traslado a la cama a tuestas, cuando faltaban pocas horas para el amanecer, se había convertido en la rutina nocturna de cada jornada.

Se puso serio, acomodándose hacia un lado del sillón, cambiando de posición y mirando hacía el techo repitió: tar, tar, tar... La mañana resultaba pesada, lenta. Si al menos pasara Andrey-usleidys con el pullover azul claro o con el verdecito, esos que se ponía sin ajustadores, podría despejarse un poco y después del saludo, y entre un comentario y otro, y de soslayo, se complacería con las téticas pequeñas y firmes de la muchacha, como quien, pensaba el viejo, disfruta en la pantalla del televisor de un paisaje ruso: hermoso, lejano e inaccesible.

Pero fue “Horacio, cómo anda la cosa”, la voz de Cándido, la que llenó el recinto. Era Cándido, el hombre que revendía periódicos. El viejo agradecía la visita diaria del hombre. Este, recostado en el marco de la puerta, tomando un aire, esperaba la respuesta acostumbrada: entero, compadre.

—El periódico no ha llegado aún, pero pasé a darle mis saludos..., jajaja..., la gente buena del barrio..., jajaja...

—Gracias por los elogios, Cándido, contestó el viejo riéndose.

—¿Cuándo honrará el distinguido Quiroga la mesa de domino de los socios?

—Pronto, pronto, evadió.

El otro comenzó a hablar del barrio: ¿te enteraste de lo que pasó con los boniatos que llegaron al puesto de Chicho? Hablaba del barrio y de vecinos y de conocidos, salpicando sus cuentos con chistes ocasionales, anécdotas o refranes del momento: jojotos, compadre, jojotos. Y el viejo lo escuchaba, siempre riéndose, a sabiendas de que una semana más tarde habría olvidado por completo el tema de la conversación, pero que siempre quedaría el rastro de vitalidad que, a su paso, iba dejando Cándido.

—Voy echando, que el indio está en candela, comentó el vendedor y se marchó.

Acomodó la cabeza para atrás en la posición que le daba descanso a los dolores de su espalda. Ayudado por el aire del mediodía se sumergió en un letargo, no muy profundo, pues a cada rato abría los ojos y contemplaba la placidez del hogar, su silenciosa intimidad. Por la puerta de la calle, a ras con la acera, observaba el ir y venir de los transeúntes, el ruidoso tráfico de los camiones y automóviles. Volvía a cerrar los párpados; al abrirlos encontró al hijo frente a él.

—¡Eh!, le dijo, recuperándose de la sorpresa.

El hombre le dio una palmada por la espalda y tomó asiento en la butaca más cercana.

—¿Llegaste hace rato?, preguntó el viejo.

—Ahora mismo. Estabas dormido... ¿Ves lo que te digo siempre, viejo? Es un peligro si...

—El embeleso del mediodía...

—¿Ya almorzaste?

—No tengo hambre, replicó el viejo.

El hombre preguntó señalando al librero: ¿Qué vas a hacer con eso?

El viejo movió los labios, parecía que iba a hablar, mas terminó encogiéndose de hombros. Al final dijo: ¿Y Julieta?

—Está esperando en el carro.

El viejo soltó una risa sonora antes de decirle: Vaya, casi viene la familia entera, ¿no trajiste a Daniel de refuerzo?

—Daniel está en la playa con unos amigos.

El viejo bajó la vista. Luego, muy serio, dijo: ¿Has sabido de Alfredo?

—No, contestó y se levantó. Caminó unos pasos. Ya dentro del cuarto, tropezó con una maleta preparada sobre el piso. Consultó su reloj. Dio media vuelta en dirección a la salita. El viejo se levantó lentamente rumbo a la cocina. La voz del otro lo detuvo:

—¿Y estos libros?, señalando a la mesita.

—Los míos, los que escribí cuando...

—¡Viejo, no vuelvas con lo mismo! Ya te he dicho que tú...

—Oye, Ricardito, yo no sé por qué no te gusta que hable de los libros que escribí. A todo el mundo le gustan esas historias...

—Pero viejo te he dicho mil veces que no hables esas boberías, la gente va a decir que estás loco...

—Si tú hubieras visto la selva, la asfixia del trópico, los tiempos en que navegaban en el río...

—Tú tampoco lo has visto, viejo...

—¡Qué tiempos aquellos, hijo...! Nunca los olvidaré...

El viejo caminó rumbo a la cocina. El hombre movía la cabeza de un lado a otro, las facciones alteradas. Se sacó un pañuelo del bolsillo. Se lo pasó por la cara. Ya frente al fogón, el viejo comenzó a trajinar con la cafetera, un jarro, unas cucharas.

—Ay, viejo, que se nos hace tarde..., le dijo observándole las arrugas en las manos huesudas, los movimientos pausados. Ya verás que allá te vas a sentir bien. Harás nuevos amigos. Podrás conversar a tus anchas, sin preocuparte de la casa, de la limpieza, de los mandados.

—Yo no estoy preocupado.

—Nosotros te iremos a ver.

—¿Cómo aquí? Más solo estaba en Misiones...

—Viejo, viejo, deja esas cosas. Si alguien te oyera...

El viejo sacó el pote de café. Comenzó a llenar el depósito de la cafetera. Le vino a la mente la mala noche y el sueño. El paisaje, el paisaje interminable sin árboles, sin más accidente que la hierba, verde y pequeña, cubriendo todo el terreno, interminable y luego la caída, la caíída, la caída del depósito del café, el polvo esparcido por el piso de la cocina.

—Te lo dije, viejo...

El viejo comenzó a barrer el polvo. Lo hacía mirando el piso. Concentrado, transportado. El otro le seguía con la vista cada movimiento, cada gesto.

—Ricardo, ¿por qué te demoras tanto?, dijo Julieta desde la puerta abierta, acomodando el pelo con la mano, mientras preguntaba: viejo, ¿cómo está?

—Está peor que nunca, le respondió Ricardo casi al oído al llegar a la puerta. Hablando de Misiones, de Quiroga...

—¡Ay, mi madre! Te lo dije, así no lo podemos llevar. Recuerda que nos advirtieron que tenía que estar en sus cabales.

—¿Le pasó algo a Horacio?, preguntó Andreyusleidys parada en la acera.

—No, no, nada.

—Ah!, es que los vi aquí y pensé que se había enfermado...

—Aquí está el café..., dijo el viejo acercándose con la tazas. ¡Tarkovski!, exclamó de pronto. ¡Andrei Tarkovski!, repitió en voz alta.

—¿Qué pasa, viejo? ¿Ahora me cambió el nombre?, dijo sonriendo Andreyusleidys.

—¿No te digo?, susurró Ricardo. ¡Está arrebatao!

—Tienes razón, está mal, fallándole la memoria. Tendrá que ser otro día, convéncete, Ricardo Quiroga, así no se puede llevar para allá, ¿nos vamos?

—Sí, es lo mejor.

La pareja se aleja, sorteando los autos, comentando en voz baja.

—Viejo aquí te traigo el periódico, me lo dio Cándido en el mercado, comentó Andreyusleidys entrando en la casa y señalando hacia la mesita. ¿Y estos libros aquí, Horacio?

—Nada, muchacha, que me dio por quitar el polvo de los estantes..., respondió el viejo. Siéntate, chica, te voy a contar el sueño que tuve anoche con mi mujer... aunque ahora no sé bien... ¿Sería un sueño o una película...?

Yuri Rodríguez
Universidad de La Habana

Crítica

Máscaras de delirio. Un relato de Yuri Rodríguez.

Los relatos de Yuri Rodríguez (La Habana, 1961) hurgan en la vida del hombre común y sus posibles astucias para vencer el ahogo, la opresión y la mezquindad de entornos sociales y familiares. En “El viejo”, segunda narración de este autor que publica *Divergencias*, el protagonista sobrevive a penurias y riesgos de la vejez sumergiéndose en la imaginación, la literatura y el arte. Al erguirse ante los demás desde su propia ficción, conscientemente hilvanada, el personaje central resiste, defiende su integridad y se eleva sobre las presiones del entorno.

“El viejo” desacraliza la familia y descubre intereses y ardidés soterrados que subyacen incluso en las relaciones filiales. No hay dramatismo extremo en este relato porque de modo paralelo fluye una corriente de ironía trenzada con humor. Es un texto de lectura grata. Tal vez sea difícil olvidar a un personaje caracterizado de manera tan fina y coherente, un personaje humano, ingenioso e histriónico. Queda al final de estas páginas la

Divergencias. Revista de estudios lingüísticos y literarios. Volumen 6, número 2, invierno 2008

certeza de que la imaginación, la creatividad e incluso las máscaras de delirio son modos lúcidos de sobrevivir, si así lo requieren las circunstancias.

Armando Chávez Rivera
The University of Arizona